



A la izquierda: Collage de Vives Fierro en la Sala Rusiñol. A la derecha: 'Nice Price', un irónico acrílico de Urs Doesselmann en la galería Contrast.

El vinilo como escultura, lienzo y performance

Octubre musical en Cataluña. Bajo la marca la Tardor de l'Art, 74 galerías exponen una obra inédita inspirada en los discos más artísticos y románticos: los de vinilo. Los creadores reinterpretan el legado pop del siglo XX con una sorprendente exposición colectiva por todo el territorio. Por **Vanessa Graell**

¿A qué suena el arte? A silencio, según la mítica 4'33 de John Cage, una pieza sin música. O a una sinfonía de ruidos y cánticos sin sentido según la *Ursonate* del dadaísta Kurt Schwitters. Con el pop art, Andy Warhol e Yves Klein elevaron las portadas de discos a la categoría de arte en mayúsculas. Si el 2010 arrancaba con una magna retrospectiva sobre John Cage en el Macba, con sus partituras visuales e imposibles, en otoño 74 galerías de toda Cataluña rinden homenaje al soporte de la música por antonomasia: el vinilo, una reminiscencia del siglo XX que pega con fuerza en el nuevo milenio gracias al revival retro y a la cultura de DJ.

La Tardor de l'Art es una inusual exposición colectiva que tiene como escenario todo el territorio catalán, con una obra inédita que han encargado 74 galerías a alguno de sus artistas. Su *leitmotiv*: el vinilo. Pero reconvertido en material artístico: un lienzo, una escultura, una instalación, una canción, un audiovisual, una performance... Michael Nyman, Benet Rossell, Colita o Núria Guinovart son algunos de los artistas que firman sobre el vinilo.

«Aunque al ver un vinilo no se oye la música, está implícita. Es una pieza hecha con un material que contiene sonido. Tiene algo de mágico y romántico, es muy físico, con los surcos, la galleta del interior...», explica el artista Carlos Aires, que desde hace cuatro años se ha especializado en trabajar con el vinilo. Para la galería ADN, Carlos Aires presenta *Es Poin*, un retablo barroco adaptado al siglo XXI, diseñado a base de... ¡vinilos dorados! Estos son una obra de arte en sí mismos y el artista tiene que comprarlos en Sunset Boulevard (Los Angeles) porque en Europa resulta «imposible» conseguirlos. Después de 14 años viviendo en Bélgica y Holanda, Carlos Aires ha regresado a España con

su particular «tributo al panorama ibérico» y ha subvertido la iconografía católica colocando a un futbolista con corona de santo en lo alto de su retablo. Aunque ha respetado la composición clásica del Barroco, ha modernizado el folklore popular con una grúa que simboliza el fenómeno de la construcción o dos mujeres postradas que aguantan el peso de la monarquía y el país. «Es tan irónico como melodramático», apunta este artista-DJ, porque guarda sus obras de vinilo en las cajas especiales que usan los pinchadiscos.



El vinilo es un material contradictorio: extremadamente frágil pero muy difícil de manipular. Carlos Aires dibuja sobre el disco y después lo corta con un chorro industrial de agua a presión, similar al láser, pero sin ser tóxico.

En la galería MiTO, el artista Javier Velasco ha moldeado un delicado vinilo de vidrio fundido que podría ser la materialización de un poema de Edgar Allan Poe o de una de esas pesadillas *naïves* de Tim Burton, con la sogá y el columpio en el esqueleto de dos tétricos árboles.

Si los chicos de Hangar se han montado una performance en torno al vinilo, con la caperucita roja de trasfondo, Marie France Veyrat diseña una instala-

ción escultórica (un móvil de vinilos de todos los tamaños y colores) y sonora a partir del *scratching* de una aguja en la galería Atelier.

Con *Play Again* el fotógrafo Marc Espinosa crea un moderno bodegón que homenajea a Pac-Man, o sea, el Comecocos ochentero de Namco: un vinilo convertido en Comecocos persigue a cuatro CD's para comérselos. Toda una metáfora de la industria musical que se puede ver en la galería Tatiana Kourochkina.

En *Red Eyes Record* Abraham Lacalle presenta un multicolorido cuadro de raíces figurativas en el contexto más amplio de su exposición individual en la galería Marlborough. En la misma calle, en la Galería Montcada, Enric Vall Karsunke pinta un irónico Mickey Mouse con cabeza y orejas de vinilo.

Las galerías, un sector tradicionalmente disperso y atomizado, se han unido para dar visibilidad a la creación contemporánea bajo la marca la Tardor de l'Art, una iniciativa que arrancó en 2009. Aunque el núcleo central de galerías se concentra en Barcelona (54) y sus alrededores (12), la Tardor de l'Art quiere reivindicar y dar visibilidad al resto del territorio, a menudo olvidado.

«Queremos fomentar la movilidad y que la gente salga un poco de Barcelona. En Lleida ciudad apenas hay cuatro galerías y, en la comarca, sólo estoy yo. Las galerías del territorio estamos un poco solas ante el peligro», explica Laura Zubiaur, directora de Cal Talavero, un centro de arte en una *masia* del siglo XVII, en el corazón de Verdú, un pueblo de 1.000 habitantes. Arte y música permiten combinaciones infinitas, ya sea en el centro de la ciudad o en una *masia* en medio del campo.



Instalación sonora y escultórica de Marie France Veyrat en la galería Atelier. A la izquierda: escultura de vidrio fundido de Javier Velasco en MiTO.